



Alejandro Zambra y el nihilismo de la clase media

En este libro a caballo entre la novela y la colección de cuentos, el escritor chileno habla de una cotidianidad prosaica posterior al pinochetismo

NARRATIVA



Lo primero que hay que decir de 'Mis documentos' es que es uno de esos libros de difícil catalogación pero en cuya atipicidad reside precisamente su valor. No se trata de una colección de cuentos, aunque reúne once textos que se parecen a ese género, ni tampoco de una novela aunque a la vez amaga ésta por su unidad temática (el pulso de un alter ego crítico con una clase media chilena a la que en el fondo pertenece a su pesar), su tono (personalista e irónico) y la tesis que vagamente se va esbozando en él y que es la de un nihilismo moderado, sin estridencias, sin dramatismos, sin heroísmo... O sea el de su propia generación nacida hacia mediados de la década de los setenta. Lo segundo que hay que decir es que,



MIS DOCUMENTOS

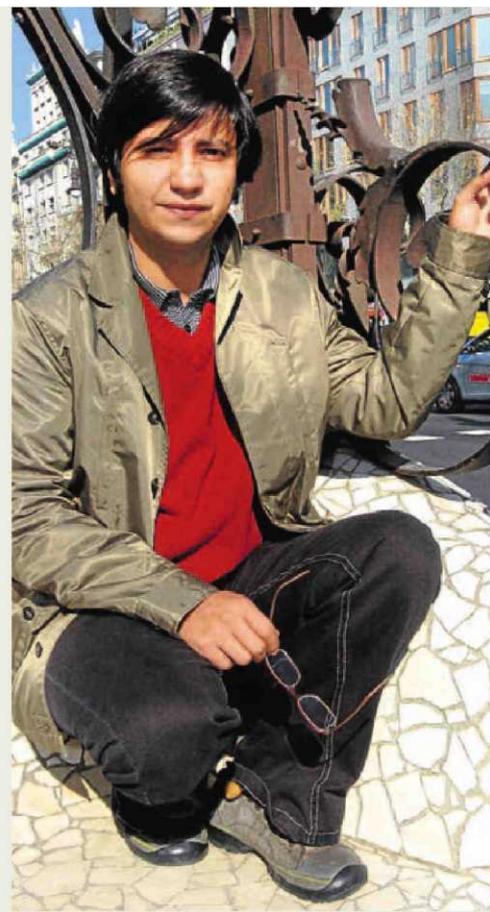
Autor: Alejandro Zambra. Narrativa
Ed.: Anagrama. 206 págs. Barcelona, 2014. Precio: 16,90 euros

pese a que resulte muy fácil la tentación de buscarle claves políticas a un texto que se escurre por difícilmente ubicable y hasta evanescente, es ese aspecto el que hace que el libro no tenga absolutamente nada que ver con el régimen de Pinochet y la represión. Estamos ante un texto de carácter posmoderno nacido del Chile relajado y grisáceo de la democracia, de la estabilidad económica y de la mirada individualista que propiciaría esa situación de normalidad política y social. No es 'Mis documentos' una radiografía de la dictadura sino incluso lo contrario. Es el hecho de que su autor, Alejandro Zambra, naciera en 1975 el que hizo que llegara a la mayoría de edad entrada la década de los noventa y

cuando el pinochetismo era ya casi un recuerdo. Los documentos a los que alude el título del libro no son de signo histórico y colectivo sino más bien intrascendente y cotidiano, premeditadamente privado.

«La adolescencia era verdadera. La democracia no». Observaciones como ésta dan fe de un ángulo de visión que es el del descreimiento generacional y personal, civilizado, de todas las ilusiones ideológicas así como el de quien ha caído en la cuenta de que tiene más valor que aquéllas la propia experiencia íntima por rala y pequeña que sea. Da la impresión de que el escritor o el personaje en el cual éste se va proyectando en los textos escritos en primera persona se agarrara a los recuerdos, las anécdotas, los fragmentos de su propia existencia por insustanciales que éstos sean, ya que en el mero hecho de haber sido vividos, de ser suyos, de haber ocurrido, está su valor. Da la impresión de que el propio título ('Mis documentos') encerrara un patetismo entre sordo e irónico. Irónico porque, en todas esas prosas escritas con el tono de la confidencia y que se alternan con

otras que si responden más a la fórmula ortodoxa del relato breve, parece que el tipo que se dirige a nosotros lo hiciera como quien se percató de la falta de sustancia de lo que cuenta, pero piensa al mismo tiempo: «Esta es mi vida al fin y al cabo; esto es lo que te puedo contar». Y lo que nos cuenta es cómo dejó el vicio del tabaco en 'Yo fumaba muy bien'; cómo escribía y hacía muchas otras cosas —quizá todas las cosas— solamente para fumar. De este manera, lo que podemos llamar 'la insipidez de Zambra' nos gana, nos conquista, nos interesa. Porque hay en esa confesión pedestre una humildad filosófica y una escéptica conciencia de lo que la condición humana encierra de rudimentaria, de mecanicista, de banal. En ese discurso se sitúan también textos como 'Camilo', 'Instituto Nacional' o el que abre el libro y que se titula como éste, en el cual suelta sentencias de una vacuidad deliciosa como ésta de «mi padre era un computador y mi madre una máquina de escribir» con la que nos informa de algo tan prosaico pero tan fundamental como que, de niño, le fascinaba mucho más una



Cuentos. Alejandro Zambra, en imagen de archivo. :: EFE

Olivetti convencional que los ordenadores con los que trataba de impresionarle fallidamente su progenitor. Al fin y al cabo eso es la vida y así se revela una personalidad, un carácter, un modo de ser: por la preferencia de una vieja máquina de escribir a la sofisticación tecnológica de una computadora.

Como contrapunto a esos fragmentos que son o que se fingen autobiográficos y en los que habla del tabaco o de las migrañas, están los textos escritos en tercera perso-

na en los que Zambra se permite la fabulación. Entre éstos el más logrado es, sin duda, 'Vida de familia', en el que el protagonista aprovecha una situación coyuntural —la de estar al cuidado de la casa de un pariente— para inventarse ante una chica un matrimonio, una paternidad y un divorcio falsos, una vida que no es la suya sino la de otro, en fin, con lo cual cierra un círculo estructural que da una vaporosa pero eficaz coherencia interna a todo el conjunto.